



## Guía de lectura

# MARGARET ATWOOD

Libro de  
mis vidas

Como unas  
memorias



Penguin **Club de lectura**

## EL LIBRO

¿Cómo escribe su propia vida una de las narradoras más brillantes e influyentes de nuestro tiempo?

En *Libro de mis vidas* (*Book of Lives*), Margaret Atwood (Ottawa, 18 de noviembre de 1939) ofrece unas memorias tan lúcidas como mordaces, donde entrelaza los episodios fundamentales de su vida con los paisajes, obsesiones y criaturas que pueblan su universo literario. Desde su infancia en los bosques del norte de Quebec hasta la madurez compartida con el escritor Graeme Gibson, Atwood reconstruye el itinerario de una creadora que convirtió la imaginación en una forma de resistencia.

Criada entre padres de mentalidad científica y espíritu libre, su niñez nómada y sin ataduras marcó para siempre su relación con la naturaleza, la lectura y la independencia. Con humor afilado y una mirada introspectiva, Atwood abre las puertas de su mundo personal: la génesis de su escritura, sus convicciones feminis-

tas, sus rituales de trabajo y los equilibrios (a veces precarios, siempre fértiles) entre experiencia, memoria y ficción.

En estas páginas, la autora teje la historia íntima de su formación y las raíces de sus libros más emblemáticos, desde *Ojo de gato* hasta *El cuento de la criada*, obras que transformaron la narrativa contemporánea con su lúcida reflexión sobre el poder, la identidad y la libertad. Atwood recuerda que toda escritura es, en alguna medida, autobiográfica, y en *Libro de mis vidas* esa afirmación cobra pleno sentido: cada anécdota, cada observación o recuerdo se convierten en materia viva de su literatura.

Luminosa, reveladora y profundamente humana, *Libro de mis vidas* no es sólo la crónica de una trayectoria única, sino también una aguda reflexión sobre lo que significa escribir, recordar y transformar la experiencia en literatura. Un testimonio fascinante de una de las voces más influyentes de nuestro tiempo.

## LA ESCRITURA COMO VIDA

Las primeras señales de la vocación literaria de Margaret Atwood aparecieron muy pronto. En el colegio, escribió poemas sobre gatos (una forma de compensar la frustración de no poder tener uno en casa) y pequeñas obras teatrales con fantasmas, inspiradas en su fascinación infantil por Halloween. Entre sus primeras historias destaca un relato sobre una hormiga que, gracias al entusiasmo familiar que despertó, tuvo incluso una secuela. Aquellos juegos fueron el germen de una imaginación fértil, aunque por entonces Atwood no escribía mucho más allá de las tareas escolares.

El descubrimiento de Edgar Allan Poe en la biblioteca pública de Toronto supuso para ella una revelación. A los dieciséis años, la escritura ya se había convertido en un hábito; sobre todo la poesía, su primera forma de expresión,

con la que ensayaba su voz y su mirada sobre la realidad. Entre los textos de esa etapa, recuerda con asombro una oda juvenil dedicada a la Revolución húngara de 1956.

Desde entonces, la escritura ha acompañado su vida como un ejercicio de introspección y libertad. Atwood se considera una autora «desorganizada», incapaz de disfrutar si lo tiene todo muy planeado de antemano. Para ella, escribir es una forma de exploración, no de ejecución. Por eso, se siente más próxima a quienes improvisan que a los metódicos. Su proceso creativo (a veces caótico, siempre intuitivo) le permite dejar espacio a la sorpresa, al descubrimiento y al humor. Asegura que ese método provoca frustraciones, pero también reduce el aburrimiento: la chispa de lo imprevisto mantiene viva la historia.

Atwood sostiene que todo escritor debe invocar a dos dioses: Apolo, símbolo de la armonía y la forma, y Hermes, el embaucador, el que roba secretos y abre puertas. Hermes es su favorito, dice, porque es el que se presenta cuando uno está atascado: el dios que susurra salidas improbables en los laberintos de la creación.

Para la autora, toda escritura es inevitablemente autobiográfica: las ideas que terminan en la página han pasado antes por la mente de quien las escribe. Pero la imaginación opera sobre esa base, transformando y reorganizando la experiencia. Atwood distingue entre dos figuras que conviven en cada autor: el que vive y el que escribe. Cuando el primero habla del segundo, afirma, sólo produce una ilusión. El verdadero yo literario sólo existe frente a la página en blanco. En ese territorio ambiguo y fascinante entre vida y escritura, la autora de *Ojo de gato* y *El cuento de la criada* ha edificado una obra que dialoga con su biografía sin depender de ella. Escribir, para Atwood, no es repetir lo vivido, sino descifrarlo: traducirlo al lenguaje simbólico donde memoria, emoción y ficción se confunden hasta volverse inseparables.

Atwood dedica una atención minuciosa al nombre de sus personajes, un aspecto que considera esencial en la cons-

trucción de sentido. Antes de elegirlos, investiga cuáles eran los más frecuentes en la época en que transcurre la historia, examina su sonoridad, su carga simbólica y las asociaciones que despiertan. En *Libro de mis vidas*, la autora llega incluso a detallar cinco principios que guían ese proceso, una suerte de poética del nombre propio que revela hasta qué punto concibe el lenguaje como materia viva y deliberada. Esa conciencia de lo nominal, tan característica en su obra, convierte a cada personaje en un signo preciso dentro de la narración.

Con su habitual ironía, la autora reconoce ser una pesadilla para sus traductores, debido a su afición por las alusiones, los juegos de palabras y la invención de marcas y nombres ficticios. Sin embargo, esa complejidad verbal es también una de las fuentes de su ingenio literario: una forma de poner a prueba los límites del lenguaje e indagar su maleabilidad entre culturas.

Pese a sus ochenta y seis años, Margaret Atwood se confiesa tan entregada a la escritura como cuando comenzó en 1956. Desde entonces, el mundo ha cambiado radicalmente, pero su impulso creador permanece intacto: la necesidad de comprenderlo y transformarlo sigue siendo la misma que la llevó, en la adolescencia, a escribir su primera oda sobre la Revolución húngara.

## RESISTIR CON LA PALABRA

Desde sus primeros pasos en el mundo literario, Margaret Atwood aprendió que escribir siendo mujer significaba hacerlo a contracorriente. En sus comienzos, decidió firmar como M. E. Atwood en lugar de usar su apodo familiar, Peggy, consciente de que un nombre femenino podía cerrar puertas antes de tiempo. Algunos críticos la elogiaban «por no parecer una escritora mujer», y no faltaban quienes reducían sus logros a cuestiones de apariencia: su pelo, su voz, su actitud. En los años setenta y ochenta, recuerda con ironía, el *body shaming* era rutina, y las escritoras debían demostrar su valía el doble para ser tomadas en serio.

Durante sus años universitarios, un tutor intentó disuadirla de seguir el camino literario y le aconsejó «buscar un buen marido». Fiel a su mordacidad, ella respondió citando a John Stuart Mill:

«Es mejor ser un ser humano insatisfecho que un cerdo satisfecho.» Cargada de ingenio y sarcasmo, esa frase resume a la perfección la independencia intelectual que ha guiado toda su obra.

Atwood denuncia con claridad el doble rasero de la crítica: cuando los hombres escriben sobre la vida doméstica, se los celebra por su sensibilidad, pero cuando lo hacen las mujeres, se las tacha de triviales. Aun así, en lugar de rendirse, Atwood ha transformado siempre esa desigualdad en materia narrativa: en sus libros, las voces femeninas observan, se rebelan y cuentan el mundo desde sus propias grietas. La suya es una resistencia sin dogmas, sostenida en la ironía, la inteligencia y la palabra. Para Atwood, escribir ha sido siempre una forma de defensa y de libertad: la manera más perdurable de decir NO.

## ATWOOD ÍNTIMA

A lo largo de *Libro de mis vidas*, Margaret Atwood revela un retrato cercano, lleno de humor y de pequeñas manías que humanizan a la autora detrás del mito. Su amor por la naturaleza atraviesa toda su obra: creció entre bosques y lagos, y la observación de aves se convirtió en uno de los placeres más constantes de su vida, una forma de contemplación que impregna también su escritura.

Entre sus aficiones destacan el dibujo y el judo. Cada Navidad envía a sus editores una tarjeta ilustrada por ella misma, con una viñeta humorística o un comentario sarcástico sobre el año que termina. Y fue precisamente durante sus años en Harvard, en los sesenta, cuando

empezó a practicar judo como forma de defensa ante el acoso en los dormitorios femeninos, en plena alarma por los crímenes del llamado «Estrangulador de Boston».

Su carrera no fue inmediata ni fácil. Sus primeros libros, el poemario inicial y la novela *Up in the Air So Blue*, quedaron inéditos, y el éxito de *El cuento de la criada* no fue, como pueda creerse, instantáneo: su fama creció lentamente, sostenida por la fidelidad de sus lectores.

Entre sus costumbres más curiosas se cuenta su devoción por la cafeína, que define con humor como su «droga esencial», y su eterna lucha contra la anemia, una dolencia recurrente que no ha mer-

mado su energía creativa. Con la misma ironía recuerda los consejos de un fotógrafo de *People*, Tom Victor, que le enseñó dos reglas que sigue al pie de la letra: nunca dejarse retratar recién levantada y procurar que la cámara le enfoque desde su lado izquierdo, «el bueno».

Atwood conserva una relación distante pero lúcida con la fama: asegura que ser conocida es «una ocupación de veinticuatro horas». En público ha tenido que responder a preguntas absurdas sobre su boca, su pelo o la cantidad de botellas que aparecen en sus novelas... y bromea con haber sido abordada en los baños de mujeres por lectoras entusiasmadas. Aun así, se confiesa impermeable a la crítica: dice tener «la piel gruesa», curtida por los años y por un sentido del humor que actúa como escudo.

Su curiosidad la ha llevado por caminos insospechados. Mientras se documentaba para su segunda novela, *Resurgir* (*Surfacing*), una obra incluida por Harold Bloom en *El canon occidental*, se aficionó a la astrología y la quiromancia, intereses que nunca ha abandonado y que conviven con su mirada científica y racional. En Atwood, lo oculto y lo simbólico son una forma más de cono-

cimiento: una puerta hacia los misterios de la percepción y la identidad.

Su trayectoria está marcada también por un fuerte compromiso social. Ha colaborado con organizaciones como el PEN Club canadiense y Amnistía Internacional, y ha participado en innumerables actos a favor de la libertad de expresión. De entre todos, recuerda con cariño una gala en la que bailó y cantó junto a su compatriota Robertson Davies, autor de *El quinto en discordia*, una canción titulada *Anything You Can Write I Can Write Better* («Todo lo que tú puedas escribir, yo lo escribo mejor»).

No todas las anécdotas son idílicas: durante la redacción de *Los testamentos*, en medio de estrictas medidas de seguridad para evitar filtraciones, olvidó el manuscrito abierto en un avión entre Inglaterra y Canadá. El incidente, cuenta con ironía, fue «la mejor prueba de que incluso las distopías pueden ser víctimas del descuido humano».

Hoy, con la serenidad de quien ha visto pasar décadas de literatura, Margaret Atwood sigue encontrando en la curiosidad —por la naturaleza, por el lenguaje y por los seres humanos— su fuente más inagotable de energía creativa.

## VIDA Y FICCIÓN

En *Libro de mis vidas*, Margaret Atwood traza las correspondencias entre su biografía y la materia de sus novelas, mostrando cómo la experiencia cotidiana se transforma en literatura. En la primera, *La mujer comestible* (*The Edible Woman*), explora la confusión sentimental y las malas decisiones amorosas a través de una protagonista que trabaja en una agencia de estudios de mercado, reflejo de sus propios empleos juveniles. Atwood convirtió su entorno en sátira y metáfora: una anticomedia sobre la presión de los roles femeninos y el vacío que deja la sumisión a las expectativas ajenas.

En *Ojo de gato* (*Cat's Eye*), se sirve de sus recuerdos escolares en Toronto

para narrar una infancia marcada por el acoso y la manipulación emocional. Sandra, la compañera que la humillaba a los nueve años, se convierte en arquetipo del poder destructivo disfrazado de amistad. La autora muestra que el sadismo y el deseo de dominio no son patrimonio de un género: las jerarquías del poder atraviesan también lo femenino.

La tragedia familiar asoma en otras obras. Un aborto sufrido por su madre inspira pasajes de *Alias Grace* (*Alias Grace*) y *El asesino ciego* (*The Blind Assassin*), donde Atwood entrelaza la pérdida, la culpa y la creación literaria como formas de reconstrucción emocional.

En 1961, la escritora ingresó en Harvard para estudiar literatura victoriana. De aquel entorno académico, tan rígido como el propio Massachusetts puritano, nació el germen de *El cuento de la criada* (*The Handmaid's Tale*). Los edificios y ritos del campus sirvieron de modelo para los espacios de Gilead: las residencias de los Comandantes, la sede de los Ojos, los muros donde cuelgan los ejecutados. En la Biblioteca Widener leyó sobre las brujas de Salem, una semilla que terminaría floreciendo en su distopía más célebre. «Las teocracias siempre comienzan con una biblioteca en silencio», ha dicho.

Durante sus años como profesora, Atwood ejerció de supervisora de exámenes, un oficio que la obligó a formarse en técnicas para detectar trampas. Ese aprendizaje reaparece en su ficción, tanto en *El cuento de la criada* como en *Los*

*testamentos* (*The Testaments*), donde la vigilancia y el control son motores de la trama.

La autora dedica también muchas páginas a su país. Canadá —ese territorio que Voltaire, con ironía desde la distancia, describió como «unas pocas hectáreas de nieve»— fue para ella refugio, inspiración y frontera simbólica. Atwood recuerda cómo en los años sesenta la literatura canadiense apenas tenía visibilidad: no había festivales ni circuitos de promoción, y los escritores debían emigrar a Londres, Nueva York o París para ser reconocidos. Ella contribuyó activamente a cambiar ese panorama, impulsando instituciones que dieron voz a una generación de autores. Y, con su ironía habitual, se ríe de ciertos rasgos nacionales: la alergia al halago, la prudencia extrema, la desconfianza como virtud cívica.

## EL TALLER DE LA ESCRITORA

Cada una de las novelas de Margaret Atwood encierra una historia secreta: una chispa biográfica, una obsesión o una pregunta que se transforma en literatura. En *La mujer comestible*, la autora juega con la idea del cuerpo como territorio simbólico. Algunos críticos quisieron ver en la protagonista una anticipación del discurso sobre la anorexia, pero Atwood aclara que en realidad se inspiró en su fascinación por los motivos decorativos de la repostería y por las figuras antropomórficas en los pasteles de boda: «¿No atenta eso contra el tabú del canibalismo?», se pregunta con su ironía habitual.

En *Doña Oráculo* (*Lady Oracle*), la escritora parte de los cómics de superhéroes y *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde* para construir una historia sobre la doble identidad y la reinención de uno mismo. Las dietas milagrosas y los anuncios de prensa sobre el cuerpo femenino funcionan como metáforas de la máscara social y del deseo de escapar de la mirada ajena.

*Ojo de gato* es una de sus obras más personales. En ella vuelca los recuerdos

de su infancia en Toronto, el maltrato psicológico sufrido en el colegio y la reflexión sobre el poder y la crueldad entre niñas. La novela, una de las más queridas por sus lectoras, le ha valido centenares de cartas de agradecimiento de mujeres que reconocen en sus páginas sus propias heridas. Como anécdota, los estudiantes de la Universidad de Toronto bautizaron con el título de la novela el pub del campus: un homenaje íntimo y afectuoso.

En *Alias Grace*, Atwood se inspira en un caso real del siglo XIX. Tras leer los diarios de Susanna Moodie, *Roughing It in the Bush*, se sintió fascinada por la historia de Grace Marks, una criada acusada de complicidad en un doble asesinato. Atwood reconstruye los hechos con precisión histórica, pero mantiene la ambigüedad sobre la culpa o inocencia de la protagonista, explorando los límites de la verdad narrativa.

La génesis de *El cuento de la criada* es quizá la más célebre. Atwood quiso homenajear a Chaucer y sus *Cuentos de Canterbury* en el título, pero también marcar distancia respecto al reportaje

o la crónica: una historia inventada, sí, pero fundada en hechos reales. Confiesa que temió ser tachada de hereje o «feminista maléfica», y dudó de su éxito porque en los años ochenta las distopías no estaban de moda. Con humor, recuerda la diferencia de recepción: los ingleses la celebraron como una advertencia familiar tras el régimen de Cromwell, los canadienses la leyeron con inquietud y los estadounidenses con estupor, convencidos de que algo así nunca podría ocurrir allí. A menudo le han preguntado si la novela nació de sus viajes a Irán y Afganistán y del trato que presenció hacia las mujeres. Atwood siempre responde que Occidente tampoco está libre de sus propias formas de opresión, aunque se manifiesten de modo distinto. Entre los hechos históricos que la marcaron durante la escritura menciona uno especialmente perturbador: el robo de bebés y el asesinato de sus madres durante la dictadura argentina (1976–1983), un episodio que dejó una huella profunda en su visión del poder y la violencia institucional.

El eco de la realidad se extiende a *El asesino ciego* (*The Blind Assassin*), donde Atwood entreteje historia familiar y relato de ciencia ficción en una estructura de cajas chinas. El libro se inspira en *En Grand Central Station me senté y lloré*, de Elizabeth Smart, la escritora canadiense que convirtió su intensa relación con el poeta británico George Barker en una de las obras más apasionadas y poéticas del siglo XX. A su publicación, el texto escandalizó a la sociedad canadiense de la época: fue la madre de Smart, temerosa de que la obra desacreditara a su hija, quien intentó prohibirla y llegó a que-

mar cuantos ejemplares pudo encontrar. Con *El asesino ciego*, Atwood obtuvo finalmente el Premio Booker, rompiendo una racha récord de nominaciones fallidas que compartía con la escritora británica Beryl Bainbridge.

En *Oryx y Crake* (*Oryx and Crake*), Atwood sitúa el origen de la novela en la confluencia de dos experiencias decisivas: un viaje a la isla de Peel, en Australia, donde se acercó a las costumbres de los pueblos aborígenes, y una observación de aves en el norte de Queensland. De ese contacto con la naturaleza y con las culturas originarias surgió su reflexión sobre la fragilidad de la vida humana y animal, la manipulación genética y las amenazas medioambientales. El resultado es una fábula inquietante sobre la supervivencia y los límites de la ambición científica, en la que la autora vuelve a preguntarse hasta dónde puede llegar la humanidad antes de borrar su propio rastro. El resultado fue una fábula inquietante sobre la supervivencia y los límites de la ambición científica, primera entrega de la trilogía de MaddAddam, que completaría más tarde con *El año del diluvio* (*The Year of the Flood*) y *MaddAddam*. En conjunto, las tres novelas conforman un vasto relato sobre la creación, la catástrofe y la posibilidad de redención, donde Atwood combina crítica ecológica, sátira social y una visión profética del futuro de la especie humana.

En *Penélope y las doce criadas* (*The Penelopiad*), Atwood se propuso dar voz a la Penélope silenciada de la *Odisea*. La autora se pregunta cómo gobernó Ítaca durante la ausencia de Ulises y qué hay detrás de la imagen tradicional de la es-

posa fiel que llora, sueña y espera. Con su ironía característica, la rescata de ese papel pasivo para convertirla en una figura compleja, inteligente y ambigua, capaz de mentir, negociar y desafiar los límites impuestos por su época. Al reescribir el mito desde una perspectiva femenina, Atwood conecta con antiguas versiones de la leyenda que no retrataban a Penélope como modelo de virtud, sino como una mujer astuta e incluso adúltera. El resultado es una reinterpretación vibrante del clásico, entre la sátira y la tragedia, que amplía el diálogo entre mito, memoria y poder.

En *Por último, el corazón* (*The Heart Goes Last*) y *La semilla de la bruja* (*Hag-Seed*), Atwood vuelve la mirada hacia William Shakespeare, uno de sus autores de cabecera. En *Por último, el corazón*, Atwood combina el humor negro y la crítica social para construir una historia sobre el deseo, el control y la obediencia en un mundo distópico. La autora la describe como una «versión retorcida» de *Sueño de una noche de verano*, no tanto por su argumento como por su espíritu: una comedia oscura donde el amor y la libertad se confunden bajo el peso de la vigilancia. En *La semilla de la bruja*, retoma directamente *La tempestad* de Shakespeare dentro del proyecto «The Hogarth Shakespeare», que invitó a autores contemporáneos a reinterpretar las obras del Bardo. Atwood escribió esta novela durante los últimos meses del mandato de Barack Obama, mientras el ascenso de Donald Trump teñía la realidad de una inquietud distópica.

En *Los testamentos* (*The Testaments*), Atwood retoma el universo de *El cuen-*

*to de la criada* más de tres décadas después, impulsada por un contexto político que consideraba alarmantemente familiar. La llegada de Donald Trump a la Casa Blanca, respaldado por sectores fundamentalistas, la llevó a preguntarse cómo se habría organizado la resistencia dentro de Gilead, y qué habría ocurrido con las mujeres que intentaron desafiar el sistema desde dentro. La novela también se vio influida por un suceso real: el caso del escritor Steven Galloway, acusado falsamente de violación, que desató una ola de difamaciones y un debate encarnizado sobre la justicia y la reputación pública. Atwood intervino en defensa del debido proceso, lo que le valió críticas y amenazas. Esa experiencia personal sobre el fanatismo y la manipulación se filtró directamente en la voz de la Tía Lydia, protagonista de la novela y símbolo de poder, ambigüedad y resistencia moral. Con *Los testamentos*, Atwood obtuvo el Premio Booker 2019, compartido con Bernardine Evaristo, y demostró que su visión del mundo seguía tan aguda como en sus primeros libros: lúcida, irónica y profundamente política.

El recorrido culmina con *Perdidas en el bosque* (*Old Babes in the Wood*), una colección de relatos que Atwood considera una de sus obras más personales. El título evoca la infancia compartida con su hermana, una etapa marcada por la curiosidad, la libertad y el contacto con la naturaleza. En estos cuentos, el bosque no es sólo un escenario, sino una metáfora de la vida: un lugar donde perderse equivale, paradójicamente, a encontrarse.

## CODA FINAL

Con *Libro de mis vidas*, Margaret Atwood nos ofrece mucho más que unas memorias: entrega una radiografía completa de su pensamiento y de su manera de entender la literatura. A lo largo de sus casi setecientas páginas, revisa seis décadas de trabajo, conecta sus obras con los episodios que las inspiraron y deja ver el método, la disciplina y el humor que han sostenido su escritura.

El libro funciona como una síntesis de toda la trayectoria humana y creativa de la autora: analiza sus temas recurrentes —el poder, la identidad, la desigualdad, la relación entre humanidad

y naturaleza— y los pone en contexto con la mirada crítica que siempre la ha distinguido. El resultado es un testimonio intelectual y personal de enorme valor, que confirma a Atwood como una de las voces más lúcidas de la narrativa contemporánea.

*Libro de mis vidas* no es sólo un recorrido por el pasado, sino una reflexión sobre el oficio de escribir y sobre la capacidad de la literatura para interpretar la realidad. En estas memorias, Atwood demuestra que su curiosidad, su ironía y su compromiso con la palabra siguen tan vivos como siempre.

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Margaret Atwood ha sido siempre una entusiasta de la literatura victoriana (llegó a hacer un doctorado sobre la materia en Harvard). ¿Qué huellas pensáis que podría haber dejado en su obra a lo largo de los años?
2. La autora profesa un enorme amor por la Naturaleza desde niña —ha vivido en varias granjas a lo largo de su vida— y asegura haber sido una inspiración constante en su trabajo. ¿En qué constantes de sus libros queda claro esta devoción?
3. ¿Por qué creéis que la novelista define sus novelas más conocidas como ficción especulativa en vez de como distopías?
4. ¿Cómo se ha reflejado en su obra el compromiso de la autora con la causa feminista?
5. Aunque la poesía de Atwood no es tan conocida como su obra novelística, constituye una parte significativa de su trayectoria literaria. ¿Diríais que ha influenciado de alguna forma el estilo empleado en sus novelas?
6. A la autora le gusta conceder una pátina simbólica a muchos de los protagonistas de sus libros. ¿Sabríais señalar algún ejemplo?
7. ¿Qué reflexiones acerca del poder diríais que Atwood quiso impulsar en su novela *Ojos de gato*? ¿Hasta qué punto creéis que explicita que el sadismo no sabe de géneros?
8. La escritora asegura en sus memorias que el mayor reto detrás de *Alias Grace* fue mantener la ambigüedad sobre la culpabilidad o no de la criada

Grace en los crímenes. ¿Cuáles son los principales recursos de los que echa mano para sostener esta duda troncal a la historia?

9. ¿Qué creéis que buscaba la autora al escoger la palabra «cuento» (y no relato, historia, crónica u otros) en el título de su célebre *El cuento de la criada*?
10. Atwood desmiente en sus memorias que *El cuento de la criada* fuera un éxito inmediato, sino que su ascensión a la categoría de fenómeno fue un proceso gradual. ¿Qué factores explicarían esta cocción lenta?
11. En el origen de la «Trilogía de MaddAddam» estuvo la intersección de un viaje a la isla de Peele, en Australia, donde la escritora se familiarizó con las costumbres de los aborígenes, y una observación de aves al norte de Queensland. Tras leer la novela, ¿por qué diríais que estos dos elementos fueron los pilares sobre los que se edificó el ciclo?
12. William Shakespeare es uno de sus autores de cabecera de la escritora, hasta el punto de que con *Por último, el corazón* se planteó llevar a cabo una «versión retorcida» de *Sueño de una noche de verano*. ¿Cómo dialogan ambos títulos?
13. Con idéntico ánimo juguetón y transgresor, su libro *Penélope y las doce criadas* supuso un intento de actualizar al personaje mitológico. ¿Con qué sensibilidades contemporáneas diríais que lo conectó?
14. ¿Por qué creéis que la sombra de Donald Trump planeó durante toda la redacción de *Los testamentos*, según confesión de la propia autora?
15. Margaret Atwood asegura que el descubrimiento siendo muy joven de los cuentos de Edgar Allan Poe en la Biblioteca pública de Toronto le cambió la vida. ¿Sabríais detectar su huella en algunos de las piezas reunidas en *Nueve cuentos malvados*?

## LA AUTORA



© Luis Mora

**MARGARET ATWOOD** (Ottawa, 1939) es una de las escritoras más prestigiosas del panorama internacional. Autora prolífica traducida a más de cuarenta idiomas, ha practicado todos los géneros literarios. Entre su amplia producción destacan las novelas *Por último, el corazón*, *Alias Grace*, *El cuento de la criada*, *Los testamentos*, *Oryx y Crake*, *El año del Diluvio*, *Maddaddam*, *Ojo de gato* y *El asesino ciego*, las colecciones de relatos *Nueve cuentos malvados* y *Perdidas en el bosque*,

y los ensayos *Penélope y las doce criadas* y *Cuestiones candentes*, todos ellos publicados por Salamandra. Ha recibido, entre otros, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, el Governor General's Award, la Orden de las Artes y las Letras, el Premio Booker (en dos ocasiones), el Premio Montale, el Premio Nelly Sachs, el Premio Giller, el Premio Literario del National Arts Club, el Premio Internacional Franz Kafka y el Premio de la Paz del Gremio de Libreros Alemanes.